

M. LEGIDO LOPEZ

Fiesta de Jesucristo sumo y eterno
Sacerdote. Homilía

Separata de «Seminarios»
n.º 63

FIESTA DE JESUCRISTO SUMO Y ETERNO SACERDOTE

Marcelino Legido López

Homilía sobre Is 52, 13-15; 53, 1-12; Sal 39, 6,8-11; Hebr 10, 12-23 y Lc 22, 14-20.

«Señor, ¿a quién iremos?» (Jn 6, 68)

Estamos viviendo en la Iglesia y en el mundo, una hora difícil y llena de esperanza. Está comenzando una etapa nueva de la historia humana. Y la Iglesia encabezada por su Señor, se dispone a continuar su obra en este tiempo nuevo, que empezamos.

Muchos dicen que estamos en la noche, una especie de noche oscura comunitaria y cósmica. Pero es en la noche donde se ven las estrellas y donde se asiste a los levantes de la aurora. Por eso en este nuevo Pentecostés, que nuestros ojos han empezado ya a contemplar, no nos preguntamos con angustia, como si fuera un problema: ¿Quiénes somos nosotros, los sacerdotes? ¿Por dónde debemos caminar? Cambiando la angustia en gozosa esperanza, porque sabemos de quién nos hemos fiado, debemos dirigir la mirada a Jesús, nuestro Hermano y Señor, y decirle poniéndonos en sus manos: «Señor, ¿a quién iremos? Tu tienes palabras de vida eterna» (Jn 6, 68).

1. UN GRAN SACERDOTE A LA CABEZA

Efectivamente, delante de nosotros, delante de la Iglesia y del mundo, camina el Gran Sacerdote, el Único, el Sumo, el Eterno Sacerdote. La pregunta de, *quiénes somos nosotros y cuál es nuestro camino*, sólo se descifra si ponemos los ojos en él. Al descubrir su rostro, nos descubrimos a nosotros mismos.

El es el enviado, el apóstol

Al poner los ojos en él, descubrimos el hecho de que, él es el Enviado del Padre. El es el Hijo amado del Padre (Mc 9, 7), la imagen y el resplandor de su gloria (2 Cor 4, 4; Heb 1, 3; Flp 2, 6). Es su Palabra en la que nos ha dicho todas las cosas (Jn 1, 1-18), su Amor, en el que nos ha dado todas las cosas (Jn 3, 16; Rom 8, 32). Pero ha sido enviado a nosotros. Por eso «puso su tienda entre nosotros» (Jn 1, 14), «se despojó de sí mismo, tomando la condición de esclavo» (Fil 2, 7) y «siendo rico se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos

con su pobreza» (2 Cor 8, 9) El Enviado baja del seno del Padre a las entrañas de la humanidad y del mundo, apareciendo como el último de todos los pequeños.

Jesús, es el Hijo enviado y entregado (Jn 3, 16). Sabemos que en el modo de pensar judío, el enviado es el rostro del que le envió. «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14, 9; 12, 45). «El que me acoge a mí, acoge a aquel que me ha enviado» (Jn 13, 20). Por eso, cuando nos encontramos con él, es el Padre mismo, quien nos sale al encuentro para realizar su beneplácito de amor (Ef 1, 3-13). Por medio de él, realiza su designio salvador: Reunir en la unidad de la familia de su Iglesia a todos sus hijos dispersos por el mundo (Rom 8, 29; Jn 11, 52; Ef 4, 4-6) y hacer de los cielos y la tierra su reino, es decir, su hogar de justicia, de libertad, de paz y de amor, con una única mesa para todos, donde los pobres ocupen el primer lugar (Mc 1, 15; Lc 4, 16-21 Mt 11, 5-6).

El gran Sacerdote es el Apóstol, el Enviado, el Representante del Padre para reunir la familia de la Iglesia y construir el hogar de su Reino. Y ¿Cómo lo hizo? Se puso a recorrer los caminos del mundo, entregado al amor. Partió a los hermanos la Palabra, como Profeta; les señaló el Camino, como Pastor y les dio el Pan en la mesa, como Sacerdote. Al darse a sí mismo en la Palabra, el Pan y el Camino, les dio con su amor, todas las cosas: arrancó sus cadenas, alumbró su ceguera, curó sus heridas, alentó su desesperanza, perdonó sus pecados y venció a su muerte. Pero su obra de amor, la cumplió, sobre todo, en su Pascua. La cumplió, cuando cargado con nuestras dolencias (Is 53, 4) subió al madero (Hech 2, 23) y como siervo maldito (Gál 3, 13; 2 Cor 5, 21) se entregó a la muerte, en obediencia al Padre, por nosotros (Gál 2, 20; 2 Cor 5, 14; y 1 Cor 15, 3). La cumplió, cuando resucitó de entre los muertos, para darnos vida (1 Cor 15, 3-4; Hech 3, 15; Rom 4, 25). Y cuando el Padre le sentó a su derecha, haciéndole nuestra cabeza, para que naciera en la tierra la nueva humanidad y la nueva creación (Rom 8, 34; Hech 2, 36; Flp 2, 9-11) (Ef 1, 19-23). Así a delante de nosotros y nos envía en su misma misión (Jn 20, 21; Mc 16, 15-16; Mt 28, 18-20).

El es el mediador, el sacerdote

Los primeros Hermanos, tenían dificultad para llamar «sacerdote» a este Jesús, profeta del Reino de Dios, por los caminos de Galilea, crucificado bajo Poncio Pilato, resucitado de entre los muertos y sentado a la derecha del Padre. Le llamaban, sobre todo, Hijo amado del Padre, Cristo y Señor. Pero, ¿es que se le podía llamar sacerdote? La casta y el enclasmiento clerical del sacerdocio judío, impedían que se pudiera llamar, sin más, sacerdote a Jesús. Pero el autor de la carta a los hebreos, siguiendo la tradición, de Pablo, se atreve a darle este título. Jesús, el Hijo amado del Padre, el encarnado y puesto en el pesebre, el que pasó haciendo el bien, el crucificado por amor, el resucitado para darnos Vida, el que está ahora a la derecha del Padre intercediendo por nosotros... El es en verdad SACERDOTE, el UNICO SACERDOTE.

El autor de la carta, pretendía decir que Jesús realizó su misión en la mediación, que él es el MEDIADOR. Efectivamente, él está en el seno del Padre. Jesús es su Hijo, el «resplandor de su gloria y la marca de su ser» (Heb 1, 2-3). El es verdaderamente, el Engendrado por su amor, el Presentado al mundo, el entronizado a su derecha (Heb 1, 5.13). Este Hijo, al frente de la familia y

de la casa (Heb 3, 6) es el que había de llevar a muchos hijos al abrazo del amor, de la gloria, en que él mismo consistía (Heb 2, 10).

Pero para llevar a cabo esta obra, él baja y está en las entrañas de la tierra, en el corazón de la humanidad. Jesús, «no se avergüenza de llamarnos hermanos» (Heb 2, 11). Por eso, toma parte de nuestra carne y nuestra sangre (Heb 2, 14) «para asemejarse en todo, a sus hermanos» (2, 18). «Tentado en todo, como nosotros, menos en el pecado» (4, 15). Llorando y gimiendo, como nosotros, en el trance de la vida mortal (5, 7). El Hijo, se ha hecho hermano, próximo a nosotros identificado con nosotros. Situado en las entrañas del Padre y en las entrañas de la humanidad, su gesto será la MEDIACION.

El gesto de la mediación, es un gesto de amor, que consiste en la obediencia de inmolación, para alabanza de gloria. Es sencillamente la entrega y el sacrificio de sí mismo al Padre, por nosotros (Jn 17, 19). «Aquí estoy, para hacer tu voluntad» (Heb 10, 7). Y arrastrado por el Espíritu Santo, presentó en favor de sus hermanos, la ofrenda de sí mismo con su propia sangre y entró de una vez para siempre en el santuario, realizando la redención eterna, cumpliendo así, la consumada alabanza del culto vivo al Padre (Heb 9, 11-14; 24-25). El sacrificio es el acto del sacerdote y el sacrificio de sí mismo, fue la consumación del Unico Sacerdote. En él, los hermanos se empezaron a reunir para peregrinar tras él, entre el dolor y la esperanza, hacia el reino del Padre. El enviado, el Apóstol, es el «SUMO SACERDOTE de nuestra fe» (Heb 3, 1).

2. TRAS ÉL POR EL CAMINO NUEVO Y VIVO

Por eso nosotros en esta tarde, podríamos decir, siguiendo la carta a los hebreos: Teniendo este Sacerdote grande, a la cabeza de la Iglesia, de la humanidad y del universo, caminemos con alegría «por este camino nuevo y vivo, inaugurado por él, para nosotros, a través del velo, es decir, de su propia carne» (Heb 10, 20).

Enviados en su misma misión

En cuanto sacerdotes, nosotros, no tenemos una misión propia y original. En el Nuevo Testamento, el apóstol, es el testigo que ha visto al Resucitado; el enviado por el Resucitado, a continuar su obra; el representante del Señor Resucitado (1 Cor 15, 1-8; Gál 1, 15-16; Mt 28, 16-20, Jn 20, 19-23; Hech 1, 6-8). Representante, no porque hace sus veces y le sustituye, sino porque el Señor se hace presente en él. Nosotros hemos sido enviados en su misma misión, hemos recibido el mismo encargo de reunir hoy, en la vigilia del siglo XXI, la fraternidad de la Iglesia en la unidad del amor. Hemos sido enviados en este tiempo grande y difícil, a construir el hogar de la justicia del Padre, su Reino, donde los pobres ocupen el primer lugar.

Nuestra misión es la misma. Nuestra originalidad, es hacerla presente hoy. De lo que se trata es de volver a los caminos de Galilea. Y, ¿qué pasos hemos de dar? Los mismos que él dio, pisando sobre sus mismas pisadas: Anunciar a los hermanos la Palabra, como profetas en el Profeta; señalarles el Camino, como pastores en el Pastor; partirlles el Pan, como sacerdotes en el Sacerdote. El Concilio nos decía: «haciendo las veces de Cristo, Pastor y Cabeza, reúnen la familia

de Dios, como una fraternidad, y por Cristo, en el Espíritu la conducen hasta el Padre» (LG 28).

Enviados en la misma misión del Señor, hemos de dar a los hermanos, la palabra viva del Evangelio, en la homilía, en la catequesis de los niños, en la catequesis de los adultos, en la formación de grupos apostólicos, en el contacto de tú a tú, con todos y cada uno de los hermanos. En nuestras comunidades debe resonar la voz viva del Evangelio, como en los caminos de Galilea.

Con la palabra, hemos de iluminar el camino, un camino que compromete el corazón de cada hermano y las estructuras complejas y difíciles de la tierra. Nosotros, siguiendo las huellas del único Pastor, hemos de conducir a la comunidad entera de los hermanos y a cada uno de ellos, detrás de sus huellas. Se nos encomienda el encargo de dar la mano, para caminar por el único Camino, que atraviesa y renueva todos los caminos de la tierra. Esto nos exigirá denunciar las injusticias, educar al pueblo en la justicia, comprometernos con los pobres, para lograr la liberación integral de todos los hombres. El Sínodo del año 1971 nos dijo con claridad que el trabajo por la justicia es «una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio» (Intrd.) Así se marcarán y se realizarán los caminos del Reino, en la historia.

Pero, sobre todo, tenemos que partirlas el pan. «Esto es mi cuerpo, entregado por vosotros... Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre... Haced esto, en recuerdo mío» (Lc 22, 19-20). La Cena, centro de toda la liturgia, es también, culmen y fuente de todo el servicio apostólico (cfr. SC 10). Es la mesa, donde nosotros estamos en nuestro puesto más propio. O mejor, es el Señor el que está en nuestro puesto en la mesa, haciéndose presente en nosotros. Es él mismo, quien parte a los hermanos, su cuerpo entregado y su sangre derramada. Es él mismo, quien al darse por entero en todo su amor, reúne a la Iglesia en un corazón y un alma y anticipa los nuevos cielos y la nueva tierra del Reino. En la Cena, prestando al Señor nuestra persona, nos podemos dar a los hermanos con su misma entrega, en el servicio más grande y fecundo.

Desde aquí nace nuestra aportación a la edificación de la Iglesia y del Reino, en esta hora de la historia santa. En la unidad del Espíritu, deberíamos superar las tensiones y los conflictos en el diálogo y la comunión. Apiñados en torno al Señor y a los sucesores de sus apóstoles, todos juntos, cada uno con su carisma y su servicio (sacerdotes, religiosos y seglares) deberíamos colaborar a la edificación de la Iglesia del Señor, con la palabra, el pan y el compromiso del amor y de la justicia, en los caminos históricos del Reino.

Deberíamos en torno a esta mesa, convertir nuestra tierra de la Lusitania interior, la «bolsa de pobreza» y la «frontera del subdesarrollo» de Europa, tierra oprimida y marginada, en un trozo de hogar de la justicia, de la libertad y de la paz donde se anticipara la mesa del Reino. La lucha por la mesa común, donde se puedan acoger todos, liberados de todas las esclavitudes, y donde los pequeños sean amados y servidos con preferencia; sería el signo del Reino que ya empezó y que continuamos esperando, del Reino, que sobre todo, es un Don.

Incluso, deberíamos atrevernos a más. No podemos edificar la Iglesia y construir el Reino, si nos falta, personal y comunitariamente, el coraje misionero.

Deberíamos ir más allá de esta tierra, marchar a donde están los que todavía no han conocido al Señor, poner la mesa a los ciegos, a los sordos, a los paráliticos y a los últimos pobres de la tierra, para darles el Evangelio y con el Evan-

gelo, todas las cosas. Nos urge avivar la conciencia de Iglesia misionera, en la que resuenen las angustias y las esperanzas de todos los hombres y de la que partan a la tierra entera los nuevos testigos del Evangelio, «hasta que el Señor venga», hasta que su Reino sea consumado.

Mediadores en su mediación

Enviados en su misión, hemos de compartir el gesto de su mediación. En primer lugar, estar con él, en el seno del Padre, amar con él al Padre. No se puede ser apóstol, si no se es contemplativo. No se puede dar a los hermanos al Señor, si antes no se ha visto con los propios ojos y palpado con las propias manos el Verbo de la Vida (1 Jn 1, 1-3). Necesitamos pasar noches en oración y levantarnos antes de amanecer, a orar. Necesitamos orar por los caminos, levantar los ojos al cielo, mientras los pies se llenan del polvo de la tierra. Necesitamos volver a la contemplación de los grandes apóstoles y testigos del Evangelio, de Juan y Pablo, de Francisco y Domingo, de Teresa y Juan de la Cruz, de la pequeña Teresa y del Hermano Carlos de Foucauld. Apóstoles así, abren los caminos de la Iglesia. Es que no se puede ser apóstol, si no se es contemplativo, si uno no está metido en el seno del Padre, si uno no está escondido con Cristo en Dios (Jn 1, 18; Col 3, 3).

En segundo lugar, hemos de estar con él, en las entrañas del mundo, amando con él a los hermanos. No se puede ser apóstol, si uno no comparte la vida de los hermanos, si uno no deja todo lo que tiene: cuenta corriente, tierras, posesiones, familia, proyectos (Mt 10, 7-39)... y, sin nada, absolutamente sin nada, busca descender al último lugar y pide humildemente a los pobres que le dejen ser el último de ellos, para desde allí darse a todos, sin distinción, en un gesto de ofrenda, gratuito, total y hasta la muerte. No se puede ser apóstol, si no se es mártir. Sólo el que carga como siervo, con los dolores, las heridas y los pecados de los hermanos y se entrega a muerte por ellos, en vez de ellos, (Is 52, 13-15; 53, 1-12) puede hacer presente al Apóstol, que fue Sacerdote y Víctima al tiempo; víctima inmolada por su mismo amor.

Nosotros no podemos realizar este gesto supremo de la mediación, pero sabemos que ya no somos nosotros los que vivimos, es Cristo quien vive en nosotros (Gál 2, 20). En la fe nos damos cuenta de que, no somos nosotros los que sostenemos las manos del Señor, sino que es el Señor quien sostiene nuestras manos. En el centro de nuestra existencia, cuando presidimos la mesa del Señor, le prestamos en verdad nuestras manos, para que él se entregue a sí mismo en obediencia de inmolación para alabanza de gloria. «Tomad y comed mi cuerpo entregado...», «Por él con él, y en él, a ti Padre, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria». En aquel instante y desde allí, en todos los instantes de nuestra vida es él quien obedece, quien se entrega a muerte y quien glorifica en nosotros. Jamás nadie estará tan sujeto de su mano. El gesto de la Eucaristía nos atestigua y nos desvela, que existimos en él, como Hermano Mayor, que sólo somos prolongación y presencia de sus manos.

Firmes en la confesión de la esperanza

«Sabed que yo estoy con vosotros, todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). Debemos dejar que la alegría nos inunde. «Los discípulos se llenaron de

alegría, al ver al Señor» (Jn 20-20). La alegría, es el gozo de saber que él nos ama, el gozo de saber que él camina con nosotros y nos lleva de su mano, por siempre jamás. Por eso podemos hacernos de nuevo a los caminos de Galilea sin llevar sandalias, ni bastón, ni dos túnicas, ni dinero en el bolsillo. Hacernos de nuevo a los caminos, con un gozo transfigurado, que nadie nos puede arrebatar. Y vivir cada día en obediencia humilde, en servicio gratuito y total, en alabanza de gloria, inundando de alegría a todos, especialmente a los pequeños.

Por eso, nuestra última palabra de esta tarde, en el nuevo Pentecostés, tiene que ser solamente una palabra de esperanza: «Mantengamos firmes la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la promesa» (Heb 10, 23). En esta Cena, en que nos reunimos en torno al Señor, con estas buenas Hermanas que viven y mueren para que su Sacerdocio se viva en la Iglesia, con todos los religiosos y religiosas que nos acompañan, con todos los apóstoles y militantes seculares, que están aquí, con todo el pueblo de Dios, que peregrina en Salamanca, especialmente el pueblo humilde y pobre, de nuestras comunidades rurales, con todos los hermanos que forman el Cuerpo del Señor, extendido por toda la tierra, queremos pedir al Padre que, a través de las manos de Jesús, nuestro Único Sacerdote, en esta hora de gracia, que él mismo prepara a su Iglesia, derrame sobre nosotros la fuerza de su Espíritu Santo. Que este Amor poderoso venga en ayuda de nuestra flaqueza de siervos inútiles y nos convierta en los nuevos apóstoles del Evangelio, para continuar hoy en la historia la edificación de la Iglesia y la construcción del Reino, sobre los mismos pasos de su Hijo.

Salamanca, 10 de junio de 1976